1 TESALONICENSES 4:1-8
LLAMADO A LA SANTIFICACIÓN

INTRODUCCIÓN

Una iglesia fiel que mantiene la fe en Jesucristo, el amor a Dios y al prójimo, que expresa una fidelidad que inspira a otros, y que es asistida por la oración para poder perseverar en esa fidelidad, no está exenta de ser exhortada y animada a recordar siempre su llamado, y a estar vigilante ante los engaños a los que están expuestos los cristianos. Es una iglesia susceptible de seguir aprendiendo, de seguir creciendo, de seguir progresando en la fe, en la gracia y el conocimiento del Señor Jesucristo.

Ser parte de una iglesia fiel, implica ser llamado a la santificación, instrucción específica que ocupa la primera parte de este capítulo, y que es el objeto de nuestra meditación el día de hoy. Toda la Escritura hace referencia a este llamado, desde la creación misma podemos ver a Dios separando cada cosa, y separando al ser humano para sí, para manifestar su imagen, para manifestar su gloria.

Nos corresponde hoy meditar en este llamado a la santificación que es recordado a los Tesalonicenses, y por medio de su instrucción, se nos recuerda también hoy a nosotros. Quiera Dios abrir nuestros oídos, darnos entendimiento, y abrir nuestros corazones a su Palabra para que podamos entenderla y ponerla por obra.

I. UN RUEGO Y EXHORTACIÓN FERVIENTE

Lo primero que debemos resaltar en este llamado a la santificación, es que se trata de un ruego y exhortación ferviente. El apóstol combina su autoridad como ministro del evangelio con su ternura como un padre que busca lo mejor para sus hijos. Ya ha elogiado a los hermanos por su fe, por su perseverancia, ya ha reconocido y se ha gozado, en que Tesalónica ha sido una iglesia fiel, ejemplo para otros. No hay problemas serios que corregir, no hay escándalos que atacar vehementemente, pero sí hay advertencias y consejos solemnes que esta iglesia debe escuchar, y debe

atender. Por lo tanto, el apóstol en unión a su equipo, ruega y exhorta a los hermanos,

A. En el Señor Jesús

Es un ruego, una exhortación ferviente, conforme a la instrucción previa, por medio de Cristo, para que sigan las instrucciones recibidas, para que permanezcan en la fe, para que se sigan conduciendo en el temor de Dios, experimentando el gozo de la salvación recibida por la sola fe en Jesucristo. Por eso el ruego y la exhortación es en Cristo. El llamado a la santificación se hace en Cristo, precisamente porque fue Cristo quien nos unió a él por la fe, y nos dedicó, nos separó para Dios.

No somos llamados a la santidad fuera de Cristo, es imposible practicar la santidad si no estamos en la fe en Jesús el Hijo de Dios que se hizo hombre. Es el Señor Jesús el que nos santifica, el que quita toda nuestra impureza, toda nuestra suciedad, todos nuestros horrendos crímenes contra Dios; y esto lo hizo al limpiarnos con su sangre preciosísima, por medio del sacrificio de su propia vida en la Cruz. Es por el Señor y Salvador Jesús únicamente, que podemos disfrutar de una nueva vida, fue por la obra del señor Jesús que Pablo pudo decir: "*Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí*" (Gl. 2:20)

Si tú has sido llamado a la fe en Jesucristo, si tú has creído en su sacrificio en la cruz para el perdón de tus pecados y para ser librado de la hora del castigo y de la ira de Dios sobre el mundo pecador, entonces tú también has sido llamado a la santificación en Jesucristo. Tú has sido llamado,

B. Para agradar a Dios en la forma de vivir

Se observa correctamente que andar implica movimiento, progreso, un acercamiento continuo hacia una meta definida. Decía un predicador: "La religión no es un adorno que se lleva puesto, un lujo que se disfruta o una ceremonia que se observa, sino una vida". Una vida que agrada a Dios, leamos otra vez versos uno y dos de nuestro texto.

La Biblia nos enseña que Dios es santo, y la meta más elevada del creyente es ser como Él (1 Pedro 1:16, Mt. 5:48). El llamado a la santificación implica no solo abstinencia de todo lo impuro, sino también una experiencia positiva de lo opuesto: la pureza. En este sentido, no solo la actitud y la inclinación del alma, sino todas sus manifestaciones activas deben ser santas. Esta es la voluntad de Dios, nos enseña el apóstol. Lo que Él prohíbe debe evitarse cuidadosamente; lo que Él prescribe debe cumplirse con alegría y fidelidad, de la manera en que Él lo ordena. Esta es la forma de agradar a Dios.

La iglesia de Tesalónica en sus inicios recibió dicha instrucción por medio del apóstol y su equipo, recibieron mandamientos, recibieron instrucción, recibieron ejemplo de una vida que agrada a Dios. No solo escucharon una cátedra, sino que vieron un ejemplo a imitar, inspirado en el mismo ejemplo de Cristo, quien vino, no para vivir para sí mismo, sino para hacer la voluntad del Padre a quien agradó en todo siempre (Jn. 8:29). Nuestro diseño es vivir para glorificar a Dios, para agradarle en todo, fuera de ello torcemos y extraviamos nuestro propósito de vida, lo cual lleva solo a la perdición.

Las instrucciones que recibimos por nuestro Señor Jesucristo están encaminadas a experimentar una vida de fe que agrade a Dios en todo lo que hacemos, en todo lo que pensamos, en todo lo que decimos. ¿Lo hemos comprendido?, ¿atendemos a estas exhortaciones?, ¿nos rendimos ante nuestras inclinaciones pecaminosas y solamente decimos que nada podemos hacer?, o tal vez, ¿normalizamos nuestra manera egocéntrica de vivir, porque todos a nuestro alrededor viven así?, ¿decimos: “los adolescentes son así, las mujeres son así, los hombres son así”?, ¿estaremos desconociendo la voluntad de Dios?

II. ES LA VOLUNTAD DE DIOS

El llamado a la santificación es la voluntad de Dios, este es nuestro segundo punto. Es la voluntad o el mandato de Dios que seamos santos. Yo sé que hay muchas situaciones en nuestra vida que solemos decir “ya no se qué hacer” (con mi vida, con mis hijos, con mi esposa, con la iglesia, con… etc, etc, etc.). Pero una y otra vez el

Señor nos dirige y nos recuerda su voluntad revelada, a la iglesia de entonces y la iglesia de ahora y de todos los tiempos se le dice: "*la voluntad de Dios es vuestra santificación*". Tal vez no sepas qué quiere Dios específicamente para ti en el porvenir si apenas eres un jovencito, si aún no te has casado, o si apenas estás comenzando un matrimonio, o si llegarás a envejecer, o si siendo viejo aún te preguntas cuál será la voluntad de Dios. Para a todos aquellos que han conocido el amor de Dios en la cruz de Jesús, se les dice claramente, cuál es el propósito, cuál es la voluntad de Dios para su vida, esto es, su santificación, su separación para Dios.

A. Apartarse de toda impureza

Dice la Escritura: "*que os apartéis de fornicación*". Barnes comenta en este punto que la primera obra de la santificación consiste en vencer las inclinaciones al mal de nuestra naturaleza y en refrenar y someter los hábitos impíos que habíamos formado antes de convertirnos en cristianos. La fornicación en tiempos de Pablo era un vicio que se practicaba libremente entre los paganos y al cual, debido a ese hecho y a sus propios hábitos anteriores, la iglesia en Tesalónica estaba particularmente expuesta. No es muy distinto en nuestra época, por todos los medios se nos vende la vida de impureza como algo agradable, se sabe que es malo, pero rico; y se presenta el disfrute de la vida, de la juventud, como el disfrute de la libertad. Ejemplo de ello, los programas y series que venden la infidelidad como la solución a los problemas de pareja, la promiscuidad, el homosexualismo, la pornografía, el exhibicionismo en la forma de vestir (y las fotos en redes) como afirmación de la personalidad, y modelan así la cultura, e influencian incluso la misma iglesia.

Pero lo cierto es que para el cristiano la realidad es otra. Un predicador decía: "La aceptación del cristianismo nunca libera, como por arte de magia, de la maldad y las concupiscencias del mundo pagano que se han vuelto habituales; más bien, es necesaria una lucha larga y constante para vencerlas". Esto es, el cristiano comprende que toda clase de inmoralidad sexual es una desviación del diseño de Dios para el ser humano, creado a imagen de Dios. Pero lucha contra estas desviaciones a las que está inclinado por su naturaleza pecaminosa, y que es inducido por el mundo caído en el que vive, y por el mismo Satanás. Así, se encuentra

con que la santificación es un aspecto de la vida cristiana fácil y seductor en teoría, pero difícil y prosaico en la práctica.

Creo que los que llevan algún tiempo en la iglesia pueden afirmar junto a un comentarista que “la santificación representa la esencia y la perfección de la vida cristiana, y se alcanza no mediante alguna proeza mágica de las facultades mentales, sino a través de una perseverancia paciente, conflictos arduos y victorias morales duramente ganadas. Es la ciencia sublime, aunque poco comprendida, de vivir rectamente ante los ojos de Dios y de los hombres”.

B. Propender por la pureza y el domino propio

Es la voluntad de Dios nuestra santificación, propender por la pureza y el dominio propio. Citando nuevamente a Barnes sobre la otra parte de la santificación, nos dice: “la segunda parte de la obra consiste en cultivar en el alma los principios positivos de la santidad”. Leamos versos 4-5.

La palabra para esposa también se usa para vaso, refiriéndose al cuerpo. Si bien el principio es aplicable a los casados tal como lo enseña también 1 Pedro 3:7, por extensión se puede entender que es deber tanto de las mujeres como de los hombres solteros, así como de los casados, cumplir este mandato. Así que la exhortación consiste en que preservemos el cuerpo puro (y nuestra vida completa), recordemos 1 Corintios 6:18-20.

No hay tal como “mi cuerpo, mi decisión”, un cristiano no puede hacer lo que quiera con su cuerpo, porque le pertenece a Dios, porque es el templo del Espíritu Santo, y debe evitarse cuidadosamente todo aquello que pueda profanar o deshonrar ese sagrado santuario. Se llama entonces a gobernar el cuerpo en pureza, vigilar diligentemente los sentidos (leer Job 31:1; Proverbios 23:33; Génesis 39:6-7), evitar la compañía de los sensuales, ser templado, ser diligente y perseverar en la oración. De esta manera estaremos contrarrestando y conteniendo el mal en su manifestación más temprana y desterrándolo del ámbito del pensamiento. Pues cuanto más tiempo se le alberga, más poderoso se vuelve.

Tanto en la relación de pareja, como en la vida de soltería, debemos mantener nuestros cuerpos en santidad y honor, no debemos degradarlo ni contaminarlo; es decir, debemos honrarlo como una obra noble de Dios destinada a fines puros. Un autor explica: «La palabra "pasión" no denota tanto un sentimiento violento como uno avasallador, aquel al que el hombre se entrega de tal modo que se deja arrastrar por el mal como si fuera un instrumento pasivo; ha perdido la dignidad del dominio propio y es esclavo de sus apetitos más bajos» (Findlay). El apóstol nos dice: No en pasión de concupiscencia, esto es, en gratificaciones desenfrenadas, como los gentiles o paganos, para quienes la impureza es un vicio común.

Nuestro llamado como cristianos, es a vivir de manera diferente a los que no conocen a Dios, si hemos conocido la gracia de Dios en Jesucristo, somos llamados a vivir en Jesucristo, y para Jesucristo, no para el mundo, no para nuestros malos deseos. Somos llamados a vivir de manera sobria, sin dejarnos dominar de ningún vicio, de ninguna inclinación pecaminosa, pues para eso Dios nos ha dado su Espíritu Santo, que actúa en nosotros como ese Espíritu de poder, de amor y de dominio propio.

C. Sin engañar ni defraudar a nadie

El apóstol advierte: Que nadie vaya más allá, que no traspase los límites, que no engañe ni defraude, en el aspecto sexual, y por extensión, en cualquier aspecto a su hermano, a su prójimo, pues Dios castigará todo esto. Dios, a diferencia de los ídolos de los paganos, es vengador de todo esto. Recordemos Heb. 13:4. Cualquier clase de impureza, en el estado de soltería o en el estado de matrimonio, será juzgada por Dios, y no pienses en decir que eres cristiano, perdonado para siempre, y por lo tanto puedes vivir en impureza, pues la Biblia dice: *"¿No sabéis que los injustos no heredarán el reino de Dios? No erréis; ni los fornicarios, ni los idólatras, ni los adúlteros, ni los afeminados, ni los que se echan con varones, ni los ladrones, ni los avaros, ni los borrachos, ni los maldicientes, ni los estafadores, heredarán el reino de Dios*" 1 Corintios 6:8-10.

Pero si tú has creído en Jesús, sabes que eres realmente y eternamente perdonado, pero también sabes, que has sido llamado a la santificación; entonces puedes estar seguro que incluso si has caído en esta clase de pecados, pero has venido con

arrepentimiento y fe a Jesús, entonces ya has sido limpiado y capacitado para vivir una vida nueva, Pablo decía a los Corintios también: "*Y esto erais algunos; mas ya habéis sido lavados, ya habéis sido santificados, ya habéis sido justificados en el nombre del Señor Jesús, y por el Espíritu de nuestro Dios*". Ahora eres dirigido a una vida de pureza sin engañar ni defraudar a nadie en este asunto. Entendiendo además que la prohibición se extiende no solo a los actos de impureza, sino a todas las transacciones de la vida.

III. RECHAZAR ESTE MANDAMIENTO ES RECHAZAR A DIOS

En tercer lugar, rechazar este mandamiento, es rechazar a Dios. El apóstol reitera en el verso siete: "Pues no nos ha llamado Dios a inmundicia, sino a santificación". Todo el llamado anterior, toda la exhortación firme, todo ese ruego vehemente, es a obedecer a la voluntad expresa de Dios, a su llamado a la santificación. Por lo tanto, perseverar en la impureza, es rebelarse contra Dios, es rechazar su llamado a la santificación. Y no debemos olvidar que,

A. Dios castiga la rebelión

Rechazar deliberadamente las ofertas de justicia equivale a renunciar a la herencia de la vida eterna y a condenar el alma a las miserias sin fin de la muerte espiritual. Desatender el mensaje de un embajador equivale a despreciar al monarca a quien representa. El Salvador declaró: «El que a vosotros desprecia, a mí me desprecia» (Lucas 10:16).

Hijos, si sus padres les exhortan por la Palabra del Señor Jesús a que vivan para Dios, a que guarden sus cuerpos en pureza, a que se alejen de la pornografía, de las amistades, las redes, o de cualquier actividad que de algún modo los conduzca a la impureza sexual, no desprecien ese llamado, porque no solo se estarán rebelando contra sus padres, sino contra Dios.

Esposas y esposos, recuerden su llamado de parte de Dios, su papel en el hogar, sus deberes como esposas y esposos, no den lugar al diablo en acciones o actitudes que de alguna manera los exponga a la infidelidad, o cualquier tipo de inmoralidad, no se rebelen contra Dios, porque él no dejará sin castigo al culpable. Iglesia, aunque

sea otro hombre igual que ustedes el que les habla, no rechacen el mandamiento que viene de Dios, de lo contrario estarán en rebelión contra el mismo Dios.

B. Dios es puro, y castigará la impureza

Dios no nos ha llamado a la impureza; cuando nos llamó para ser sus seguidores, no fue para que lleváramos vidas de impureza, sino de santidad. Una secta que crece en desgracia afirma que el pecado no existe, que el diablo ya no engaña, que no importa lo que hagas con tu cuerpo, todo lo cual son mentiras del mismo infierno para destruir y engañar a los incautos. Dios nos capacita por su Espíritu, y nos demanda cumplir los propósitos para los cuales fuimos llamados a su reino. Son los paganos los que están entregados a la inmundicia, y están condenados por Dios a causa de su incredulidad y rebelión contra Él, leamos Rom. 1:24.

El cristiano que no asume compromiso de una vida pura en agradecimiento al amor de Dios expresado por Jesucristo en la cruz, no es realmente cristiano, no ha nacido de nuevo, no conoce al Dios santo que nos dice, “Sed santos, porque yo soy Santo” (1 Pedro 1:16). El que sigue engañando y defraudando al hermano abusando o llevándole a una vida de inmoralidad, no ha conocido realmente a Cristo, no le ama ni cree en él.

C. Desobedecer este llamado es desobedecer a Dios

Finalmente, debemos reiterar que quien hace caso omiso de mandamientos como estos, que le llaman a una vida santa, en realidad está rechazando y desobedeciendo a Dios. Pablo no impartía estos mandamientos como propios, sino como enseñanzas del Espíritu de Dios. Iglesia, no les habla un hombre superior a ustedes, no les habla uno que se cree dueño de la moral, ni uno que nunca ha pecado, sino un miserable pecador que, así como ustedes, necesita la gracia de Dios en Cristo para poder atender este llamado. No rechacen este mandamiento por escucharlo de un simple hombre pecador, así como ustedes; lean sus biblias, y vean que es un mandamiento de Dios.

CONCLUSIÓN

La voluntad de Dios es nuestra santificación, que nos apartemos de toda clase de impureza sexual, y que nos dediquemos en todos los aspectos de nuestra vida, a honrar a Dios en nuestro cuerpo y en nuestro espíritu, los cuales son de Dios. Roguemos su misericordia, el poder de su Espíritu, para poder atender a nuestro llamado de vivir para Dios, esto es glorificarlo y gozar de él para siempre. Oremos.